

Testigos valientes de Cristo

El miedo procede de la debilidad, de la inseguridad, de un mal que se nos viene encima. El ser humano es miedoso por naturaleza, porque se siente frágil y amenazado por tantos factores que pueden destruirle. Los únicos que no tienen miedo al peligro son los niños y los santos. Los niños pequeños, porque no son conscientes de los males que les rodean, y por eso hay que estar muy pendientes de ellos, pues se meten en todo tipo de peligros con riesgo incluso de sus frágiles vidas, sin darse cuenta. Los santos, porque confían en Dios, es decir, tienen experiencia vivida de que Dios es Padre bueno que se cuida de verdad de cada uno de sus hijos. Los santos viven colgados de la providencia de Dios, y no suelen tener miedo de lo cotidiano. Tienen su confianza puesta en Dios y desconfían plenamente de sí mismos. Temen lo que hay que temer de veras, y confían plenamente en Dios

De eso nos habla el evangelio de este domingo. “No tengáis miedo”, lo repite Jesús varias veces, porque conoce nuestra condición humana y sus temores continuos. No tengáis miedo al juicio de los hombres. Dios lo conoce todo, y en su momento lo sacará a la luz. No estéis pendientes de qué dirán. No tengáis miedo a los que pueden haceros daño corporalmente, temed a los que pueden llevar vuestra alma al fuego eterno. Vosotros valéis más que un par de gorriones. Dios no nos ha traído al mundo y nos ha dejado a nuestra suerte. Él, que nos ha creado, nos cuida y quiere para nosotros siempre lo mejor, aunque a veces no entendemos sus planes. Fiarnos de Dios es recuperar esa confianza del niño en brazos de su madre o de su padre.

Jesús nos invita a dar testimonio de Él ante los hombres. Muchas veces el miedo nos lleva a escondernos, a disimular, a camuflarnos ante un mundo que nos parece que va a devorarnos. Jesús nos pone delante de los ojos nuestra comparecencia ante el tribunal de Dios, en el último día, y establece una correspondencia: El que dé testimonio de mí, yo lo defenderé ante mi Padre. Seré su abogado defensor en el momento definitivo. El que se avergüence de mí o me niegue ante los hombres, yo también lo negaré ante mi Padre del cielo. El miedo que brota de nuestra debilidad ha de ser superado por la confianza en Dios. Y lo que verdaderamente hemos de temer es no haber dado testimonio de Jesús ante los hombres, porque entonces estaríamos perdidos en el último día.

+ *Demetrio Fernández, obispo de Tarazona*
22.06.2008